

# CARTA ABIERTA A MI AMIGA QUE YA NO VEO





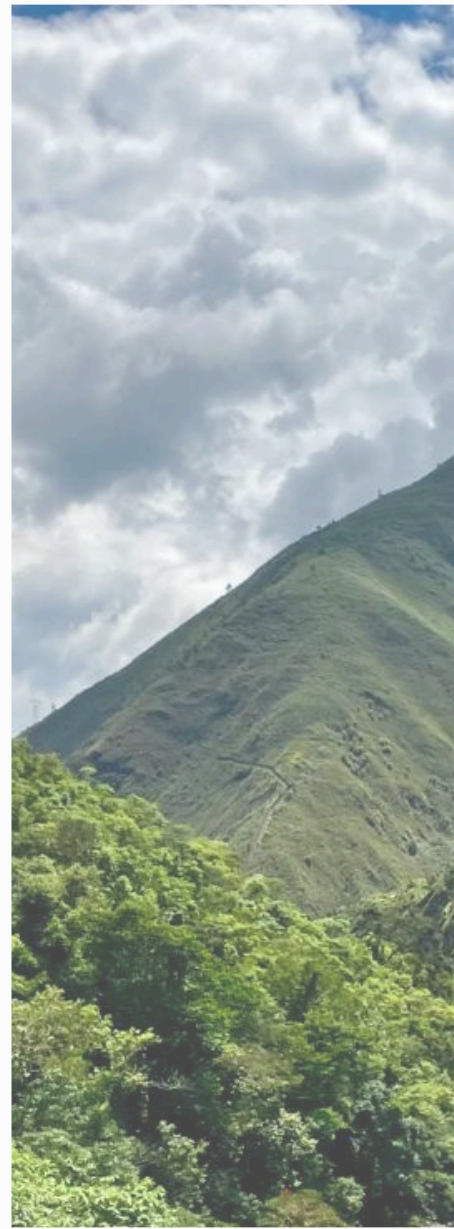
Hoy me pasó algo que aún me tiene el corazón entre el shock y la alegría. Y quiero comenzar por ahí porque creo que me entiendes. Estaba hablando con mi mamá, que ya sabemos que frente a algunos temas baja las persianas, y de repente, de su boca salió una pregunta que jamás pensé escuchar: pero ¿quién es realmente Iván Cepeda?

Yo me quedé en silencio e incrédula, como cuando te llega una oportunidad que has esperado toda la vida. Las preguntas siempre abriendo portales. Y este fue grande y sobre todo tranquilo. La escuché, me escuchó, nos preguntamos, nos conversamos, nos contamos los miedos. Suave, fluido, como cuando la llamo a preguntarle por sus cosas.

Y esto me hizo pensar en ti y en lo que no nos hemos conversado. Tantas cosas que quisiera, sobre todo, preguntarte. Como por ejemplo: ¿a qué le tienes miedo? ¿a qué le tienes rabia? ¿Qué sueñas?

Me acuerdo de tu cara cuando te conté, hace más de diez años atrás, que había podido tener una charla fluida con mi papá a propósito de mi viaje a Cuba. Tú más que nadie sabes que por mucho tiempo hablar de política con mi papá fue mi excusa para escucharnos la voz, aunque siempre terminara en pelea. Más que nadie sabes también que ese día las cosas giraron. Que ese día, en el que una pregunta suya también abrió un portal, me permitió ver en sus ojos que eso que yo le decía, de cierta manera era lo que él también quería, aunque su forma de pensar fuera radicalmente opuesta.

Y desde ese día, a mí me acompaña una pregunta a la que aún no le encuentro respuesta y es: ¿por qué, si muchas personas soñamos y queremos cosas parecidas, no nos encontramos? ¿En dónde se nos empezó a romper el lazo?





Pero vuelvo entonces a mis preguntas para tí y a la conversación que me gustaría tener.

Para abrir la charla, puedo comenzar por decirte cuáles son mis miedos. Temo por ejemplo que la violencia siga siendo el centro de este país y sobre todo su norte. Que nos dé lo mismo el uso indiscriminado de las armas. Que nos sigamos deshumanizando. Temo también que las niñas y adolescentes sigan creciendo con la idea de que un varón sea el centro de su proyecto vital, que está bien que se le insinúe de cualquier manera aunque ella diga no. Me da terror que estén cerca de acosadores y potenciales violadores. Cosas con las que tú y yo y varias de nuestras amigas crecimos.

También me da tristeza. Me da mucha tristeza que tus hijas o las infancias que me rodeen no vayan a poder conocer las magias de este país, el segundo más biodiverso del mundo. Me entristece que sólo vayan a poder ver las ballenas en los libros o que nunca vayan a poder ver la magnificencia de un frailejón. Me entristece que los niños crezcan creyendo que son superiores. Que está mal llorar y que hay que ser fuerte todo el tiempo. Y me entristece y me da rabia que las infancias trans no vayan a poder crecer de la manera en la que su deseo les diga. Me enfurece que mis amigas lesbianas y maricas, que tanto me han salvado el alma, no vayan a poder amarse en libertad, aún más, que tengan que seguir caminando con miedo.

Me da rabia pensar en la idea de que no voy a tener tiempo para compartir con quienes amo, o que tú no vayas a tener el tuyo para ver a tus hijas crecer porque tus horas laborales se vayan a redoblar. Me da miedo no llegar a fin de mes aunque tenga tres trabajos. Y me da rabia que doña Carmen, la señora que trabaja en el semáforo de la iglesia ¿te acuerdas?, tenga que seguir vendiendo chicles hasta las 8:00 pm para poder comer. Y también que tenga que seguir siendo ella quien seguramente siga poniendo sus hijos para la guerra.

Aún no te escucho la voz,  
pero sé que lo que  
compartimos es más grande  
que la línea que nos divide.  
Me lo dijeron tus manos  
acunando a tus niñas y la  
sonrisa de tu mamá, que un  
día mirando por la ventana  
me dijo que a ella sí le  
gustaría saber qué se sentiría  
no escuchar que afuera nos  
matábamos tanto.



